

Del pasaje político y de la temporalidad múltiple. La importancia de pasar de *El Capital* a los *Grundrisse*

On *political passage* and multiple temporality. The importance of moving from *Capital* to the *Grundrisse*

Por: Jaime Ortega Reyna
Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco
jaime_ortega83@hotmail.com
Recepción: 26.01.2018
Aprobación: 07.04.2018

Resumen: *A partir de la obra de Mario Tronti, Toni Negri y Enrique Dussel se explora la noción de pasaje político que se centra en la categoría de “trabajo vivo” elaborada por Karl Marx en 1857. Destacando los aportes de estos tres teóricos se asedia la categoría de “temporalidad política” en un intento de arrebatarse la influencia de las “filosofías de la historia” ancladas en una visión lineal del tiempo histórico. Siguiendo a estos tres autores se insiste en la importancia de los Grundrisse como un texto que posibilita ciertas vetas productivas, frente al orden de exposición cerrado que acontece en El Capital.*

Palabras clave: *pasaje político, Grundrisse, capital, marxismo.*

Abstract: *Starting from the work of Mario Tronti, Toni Negri and Enrique Dussel, the notion of “political passage” that focuses on the category of “living labour” elaborated by Karl Marx in 1857 is explored. Emphasizing the contributions of these three theorists the category of “political temporality” to wrest the influence of “philosophies of history” anchored in a linear view of historical time. Following these three authors insists on the importance of the Grundrisse as a text that allows certain productive veins, against the order of closed exhibition that takes place in Capital.*

Keywords: *political passage, Grundrisse, capital, Marxism.*

En la contraportada de la célebre versión de los *Grundrisse* de la editorial Siglo XXI (la más usada en el caso de dicha obra) escribe Mario Tronti, un reconocido teórico del obrerismo italiano: que en esos materiales se puede leer la potencialidad del *pasaje político* de la fuerza de trabajo al sujeto revolucionario. Desde nuestro punto de vista es este el núcleo fundamental de una de las discusiones contemporáneas más importantes y en gran medida de toda aquella otra que ponga en el centro el potencial emancipador heredado por el *espacio teórico* inaugurado por Marx: de qué se trata dicho *pasaje político*.

Existe, sin embargo, otra idea importante que acompaña y problematiza la del *pasaje político*. Corre a cargo del Toni Negri marxista a propósito de que el recorrido teórico tendría que ser desde la óptica legada por *El Capital* a los *Grundrisse* (Negri, 2003) y no al revés, justamente porque en ese pasaje es donde se muestra la potencialidad de lo específicamente político. Opera entonces un desplazamiento singular que aventura la posibilidad de construir múltiples caminos, mucho más plurales y diversos que los acostumbrados por la tradición marxista.

Recordemos que Negri dictó en los años setenta sus célebres clases sobre los *Grundrisse*, tituladas *Marx más allá de Marx* (2001) y en ellas se expresa algo de esa hipótesis que articuló el discurso obrerista de los años setenta y que hoy queremos traer de nuevo a la discusión. Se trata de captar la novedad heredada por Marx: el *pasaje político* es el tema central de entonces y encuentra plena potencialidad para ser inteligible en nuestros días a partir de los manuscritos inacabados e “incompletos” de los *Grundrisse*. Dicha novedad no puede ser encontrada en la obra trabajada artesanalmente y acabada en su estructura argumental que es *El Capital*. Pero el pasaje de la fuerza de trabajo al sujeto revolucionario, sin embargo, tiene una cortapisa que hay que analizar con mayor detenimiento, para explorar las múltiples dimensiones, tanto metodológicas como epistemológicas de la propuesta que hacemos.

Tanto en el caso de Tronti como en el de Negri, conocidos ambos por su participación y teorización sobre el obrerismo, lo que se encuentra es la necesidad de discutir el campo específicamente político, la potencialidad del sujeto y la vigencia de la idea revolucionaria. Su posición es clara con respecto al balance de la obra “madura” de Marx, es decir *El Capital*. El célebre texto de Marx es considerado ambiguo en su dimensión específicamente política y por ello deciden suspenderlo como fuente de productividad teórica. El *Capital* es ante todo

la gran obra de análisis de la totalidad del orden social vigente, es la exposición de las distintas lógicas que atraviesan la vida moderna y sus principales nudos de articulación. Las distintas secciones de la obra cumbre de Marx (al menos de su primer tomo) van desde la equivalencia hasta el proceso de separación de los productores directos, pasando por la transformación de dinero en capital y la producción de plusvalor en sus formas relativas (subsunción real) y absolutas (subsunción formal). En *El Capital* se encuentra la exposición científica más acabada de la forma de la civilización burguesa en sus fundamentos y articulaciones centrales. En lo escrito en aquellas fabulosas y apasionantes páginas no existió más lugar para el *pasaje político*, pues la exposición, ordenada, científica, trabajada con dedicación artesanal, le llevó parte de sus últimas energías vitales al propio Marx.

Utilizando una metáfora sugerida por Sandro Mezzadra en la traducción al español de uno de sus ensayos, podríamos decir que *El Capital* es el trabajo de laboratorio, en tanto que los *Grundrisse* son más cercanos a la labor paciente de la cocina. Dicha metáfora no sólo nos ayuda a romper los barrotes de la cárcel científicista, sino que apuntala la necesidad de trabajar a fuego lento las armas de la crítica. Es en ese sentido que queremos apuntar una pareja que para nosotros resulta fundamental en el cometido de este artículo: *pasaje político* y temporalidad histórica. Ese será el reto a partir de los célebres teóricos italianos, pero más allá de ellos. Como trataremos de demostrar, ambos conceptos son irreductibles el uno al otro y expresan una necesidad de captar la novedad marxista más allá del ya citado científicismo, pero también para transitar más allá del historicismo.

De la fuerza de trabajo al sujeto político

Retomamos los planteamientos de Negri y Tronti, para poder realizar un acercamiento a los dos conceptos mencionados. Ello resulta central pues a partir de *pasaje político* y *tiempo histórico* podemos asediar tanto las versiones teleológicas como aquellas que se asientan en la garantía última del sujeto trascendental, soberano y auto suficiente. Es decir, que contribuyen a desmovilizar los elementos de filosofía de la historia que prevalecen en la escritura marxista.

¿Qué significa entonces pensar el *pasaje político*? Captar una lógica social planteada en los *Grundrisse* resulta crucial, pues en ella se aguarda la posibilidad de salir de la camisa de

fuerza que se impuso sobre el marxismo con respecto al sujeto político o sujeto revolucionario. Dicha camisa de fuerza tuvo momentos variados, por el lado de la contradicción se impuso una teoría simple de ella, en donde capital y trabajo eran antagónicos independientemente de las configuraciones históricas en las que se desplegaran. Por el lado empírico el trabajo quedó expresado en una multiforme masa a la que se denominó genéricamente como “el proletariado”. Ambas posiciones impidieron captar la radicalidad de la realidad contradictoria del mundo moderno y cerraron el paso para entender una forma más amplia de emancipación social a través de los pliegues que conforman el cuerpo social.

En cambio, los *Grundrisse* entregan una posibilidad conceptual anclada en la noción de trabajo vivo. Este concepto opera como un reservorio aún no subsumido a la lógica de reproducción del capital, aún no captado por la lógica del dominio (subsunción) y en resistencia a la del despojo. Se trata de un entramado aún por fuera del mando despótico que el capital ejerce de forma efectiva sobre la clase obrera. Es una posibilidad de conformación de una subjetividad potencialmente revolucionaria, pero también efectiva en el momento de su pasaje: organización y creación de artificios o mediaciones que le permitan ese proceso de subjetivación que supone la politicidad revolucionaria. A diferencia del “marxismo fordista” como lo denominó Fritz Haug (1998), este otro marxismo capta las posibilidades por fuera de los mecanismos de disciplinamiento impuestos por el capital y más allá de los dispositivos de control de la subjetividad empleados por la modernidad.

En el andar de una época de radicalidad política y de su concurrente posibilidad teórica, el obrerismo, contrario a lo que su nombre parece anunciar, no es un discurso fetichista sobre la forma empírica del trabajo, el sindicato y el partido. Se trata de una potencialidad política en los márgenes y en las extremidades del cuerpo social capitalista. Por ello es pertinente regresar a Tronti quien dice lo siguiente en sus “Primeras Tesis” presentadas en *Obreros y Capital*:

Es la transformación, esta vez política, de la fuerza de trabajo en clase obrera. Marx muestra la máxima conciencia sobre este problema en los *Grundrisse*. Quizá por una simple razón formal: Marx no está obligado ni a una férrea disposición lógica de los argumentos, ni a un cuidado lingüístico particular en su exposición, ya que se halla en una fase del trabajo

propiamente personal, en absoluta constreñida por las exigencias de su publicación inmediata (Tronti, 2001, p. 220).

Así, se abre entonces la posibilidad de derivar otra forma de pensar la dimensión política y, por tanto, conclusiones prácticas distintas a las que se suponía habían provocado las lecturas más apegadas a cierta literalidad de la pluma de Marx. Estas generalmente se derivaban del *Prólogo* del 59 (tan conciso, tan esquemático, tan condensado, tan pedagógico) y en cierta medida de *El Capital* mismo. El primer texto tuvo el efecto de una lectura etapista y esquemática, en tanto que el segundo produjo una de las escuelas más refinadas del economicismo: el llamado *derivacionismo*, es decir la derivación del Estado a partir del concepto de capital. Si bien ambas son posibilidades que surgen de la lectura de Marx, es preciso salir de la jaula economicista y plantear otra posibilidad de trabajo. En los *Grundrisse* la novedad marxista se deja ver como una posibilidad de salir del momento conceptual de la fuerza de trabajo y del momento empírico del proletariado realmente existente, apuntalando las energías en lo que circunda a la relación capitalista. Por ello es crucial des-identificar el trabajo vivo del concepto de fuerza de trabajo y del de proletariado. Corresponden a niveles discursivos distintos y producen efectos políticos múltiples.

No sólo Tronti ha señalado esta potencialidad del trabajo vivo como categoría alternativa a la de fuerza de trabajo o a la de proletariado. También ha profundizado en ello el ya mencionado Toni Negri y lo ha hecho también, y a su manera, el filósofo latinoamericano Enrique Dussel. De esto nos ocuparemos a continuación, señalando la posibilidad conceptual que nos ofrecen tras abordar el texto de Marx.

El pasaje político: hacia el trabajo vivo

Es preciso que señalemos la forma en que se despliegan estas tres propuestas de lectura de los *Grundrisse*, por una razón que no deja de ser menor: se asientan en un pasaje muy específico y celebran la novedad que los *Grundrisse* presentan con respecto a otros textos de la tradición. Ello les permite extraer conclusiones políticas distintas a las del marxismo ortodoxo o convencional (el ya señalado marxismo fordista, aquel que aplaude el despliegue incondicional de las fuerzas productivas).

Esta posibilidad se juega en la interpretación y su emplazamiento conceptual no parte de la nada. En la búsqueda de alternativas los textos preparatorios para *El Capital* (o su primera redacción como la llama Dussel) son una fuente útil y productiva. Regresar a Marx entonces no es un ejercicio de constatación de respuestas ya dispuestas, sino de formulación de una producción teórica.

Así, tanto Negri, como Tronti y Dussel trabajan productivamente sobre el texto a partir de un fragmento, que nos permitimos citar a continuación:

El trabajo puesto como no-capital en cuanto tal, es: 1) Trabajo no-objetivado... despojamiento total, desnudez de toda objetividad, existencia puramente subjetiva.... pobreza absoluta... 2) Trabajo no-objetivado... existencia subjetiva... fuente viva del valor... posibilidad universal de la riqueza... como ente absolutamente contradictorio con respecto al capital (Marx, 2004, p. 235).

Es este el párrafo central para las tres intervenciones de los teóricos, que siguiendo las huellas de esa “cocina” marxista, ven cocer a fuego lento los conceptos que después serán dispuestos por el trabajo artesanal plasmado en *El Capital*. ¿Por qué es tan importante este párrafo? ¿Por qué anuncia lo que hemos denominado la novedad marxista en el seno de la teoría política? ¿Por qué dicha novedad irrumpe sobre los cánones establecidos del proletariado (en sus múltiples figuras, clase obrera, trabajo asalariado) como la clase universal?

Es pertinente entonces que exploremos sucintamente dicho texto, que se encuentra atravesado por los más variados senderos que el propio Marx va recorriendo en su intento de formular críticamente una nueva teoría social. Antes de llegar al párrafo citado, Marx se ha desmembrado de la ilusión de los llamados “socialistas franceses” al criticarles su ilusión por las relaciones sociales del capital, de las cuales pretenden salvar su lado lúdico o amable. También ha realizado la crítica del dinero al tiempo que ha profundizado en las distintas determinaciones de éste, así como en sus características. Ello le ha permitido abrir el horizonte de visibilidad que explica la relación disolvente del dinero con toda forma de comunidad.

Todo este trabajo que avanza lentamente hacia el llamado capítulo sobre el dinero, esforzándose por encontrar la diferencia y develando la no identidad entre la mercancía en

cuanto dinero y del dinero en cuanto capital. Mostrando la especificidad de la forma, superando el concepto “general” tanto de dinero, como de capital, es decir, abriendo una problemática distinta a la de Hegel y a la de la economía política clásica. Este trabajo meticuloso de Marx lo ha colocado no en el juego de los universales abstractos, sino de los universales concretos, es decir, de aquellos que se realizan en lo singular. Sería posible recurrir a constantes citas de los *Grundrisse* con estas y otras temáticas para demostrar los dilemas que tuvo que pasar el propio Marx para llegar al concepto de capital en cuanto tal, ese que finalmente se expondrá con orden en *El Capital*.

Sin embargo, es cuando Marx tiene que enfrentarse a la primacía temporal y política del trabajo vivo cuando comienza el sendero que se bifurca. Así, en el proceso de descubrimiento de las categorías encontramos que la de fuerza de trabajo (y sus formas empíricas ya referidas) ganará centralidad en una cierta forma de practicar el marxismo. Dicha categoría tendrá sus momentos, el empírico en la medición del alcance cuantitativo de la clase obrera y el político con la aspiración del proletariado como sujeto universal.

La novedad de los *Grundrisse* es entonces la contraposición directa a esta forma de entender la práctica teórica marxista. Pues en dichos materiales la fuerza de trabajo no es la oposición inmediata al capital. Por el contrario, se trata de la parte viva del capital: aquello que pertenece por entero a la totalidad, es su cara no iluminada. Para que exista el capital debe existir la fuerza de trabajo, una y otra se presuponen, pero al mismo momento son el resultado material del capital. En cambio, los *Grundrisse* presentan una alternativa: “Trabajo subjetivo contrapuesto a trabajo objetivado, trabajo vivo contrapuesto a trabajo muerto, estamos hablando del trabajo contrapuesto al capital: el trabajo como no-capital” (Tronti, 2001, 221). Esto para recordarnos la fuerza de los materiales de 1857-1858. Esa alternativa es la de trabajo vivo, no como un supuesto del capital, sino como su antecedente ontológico. Si fuerza de trabajo y capital son momentos de una misma totalidad, el trabajo vivo es anterior a ambas determinaciones. Su potencialidad es que escapa a la totalidad, no es una determinación de ella.

El párrafo que hemos citado arriba arroja algunos resultados interesantes para nuestro principal interés, que es captar la novedad marxista expresada en los *Grundrisse*, con ayuda de tres teóricos contemporáneos. Las citas anteriores permiten abrir caminos, veamos cuáles

podrían ser algunos de ellos. A Negri le muestra la capacidad de autovalorización del valor de uso de la clase obrera, aún trabajo vivo, en el proceso de producción capitalista, es decir, su posibilidad de autonomía. A Dussel le muestra el privilegio de “exterioridad” frente a la totalidad del capital, es decir de potenciar todo aquello que no se encuentra subsumido por el valor, ni por la producción capitalista, ontológicamente apuntala un elemento por fuera de las determinaciones de la totalidad.

Con Tronti la cuestión resulta un poco más compleja, debido al lenguaje “clásico” que utiliza. El pasaje citado le muestra la radicalidad del *pasaje político*, en donde el trabajo vivo entendido como clase obrera, cuya premisa será la existencia viva del trabajo una vez puesta como el “fermento” necesario para el capital, posee un privilegio de oposición. ¿Si el trabajo aparece como determinación viva, como fermento del capital, dónde cabe su privilegio de oposición? Justamente en que la posibilidad del *pasaje político* de la clase obrera (ya subsumida en la disposición totalizante de la producción y de la lógica de la fábrica) se encuentra en el rechazo al modo de producción/reproducción de la vida imperante. La posibilidad de la autonomía se encuentra ahí: en la disposición abierta, clara, declarada o no, de rechazar el proceso de producción y todas sus determinantes. Es por ello por lo que escribe:

Y esta es la otra cosa que el capital no puede soportar. Éste debe mantener el trabajo como algo distinto y contrapuesto a sí mismo como potencia económica, pero debe subordinarlo simultáneamente, bajo su poder de mando, como potencia política. El capital debe, por lo tanto, contraponerse a la fuerza de trabajo sin dejar que la clase obrera sea autónoma (Tronti, 2001, p. 228).

Es aquí donde podemos plantear la posibilidad de entender lo que denominamos el *pasaje político* con mayor claridad. En cualquiera de las lecturas de los *Grundrisse* que hemos mencionado arriba se encuentra un punto crucial: frente a la exposición acabada o total que *El Capital* nos presenta, los *Grundrisse* han sido una ventana a nuevos horizontes, presentan una alternativa categorial cuyos efectos políticos aún pueden profundizarse. Ello es así dado que la disposición del trabajo vivo permite determinar el accionar político, es decir, permite la posibilidad de creación de mecanismos, instrumentos o artificios distintos a los que supone la lógica totalizante de la fábrica. *El Capital* nos muestra el proceso de relaciones sociales

consumadas en su marcha incesante, así como el incontenible proceso que avanza y se profundiza en cada uno de sus momentos. Cuando hablamos de la mercancía, de la transformación de dinero en capital, del proceso de producción de plusvalía absoluta o relativa, en fin, de los temas del primer tomo, tenemos un conjunto de presupuestos, ellos son: el dominio del capital, la entrada de la fuerza de trabajo como determinación, la existencia y dependencia con respecto al salario.

Con estos presupuestos que operan a lo largo del texto tenemos una explicación científica que parte de una homogenización del tiempo en tanto que tiempo de trabajo socialmente necesario que permite y viabiliza todo lo que he señalado: el intercambio de mercancías, el intercambio de mercancías por dinero, el de fuerza de trabajo por dinero, el de la fuerza de trabajo que entra a que le curtan el pellejo, el de la cooperación que va del taller, pasa por la manufactura, y culmina en la gran industria. Tenemos como presupuesto un tiempo que permite la explotación en su forma capitalista y es ahí la mayor radicalidad entre los *Grundrisse* y *El Capital*: en el segundo están ya dispuestos todos los elementos, particularmente el del tiempo abstracto, en el primero la categoría de trabajo vivo permite eludir y problematizar la temporalidad y es por tanto la clave del *pasaje político*.

Existen varias posibilidades de lectura a partir de esta dimensión, aquí exploraremos algunas de las consecuencias en la dimensión temporal. El *pasaje político* que los *Grundrisse* muestra es justamente este: anclar la dimensión de la temporalidad que puede buscarse en un concepto de comunidad –en oposición abierta, por ejemplo, a la idea del esclavismo o el feudalismo– distinto al de sociedad, que sería expresión de la totalidad del capital con sus supuestos y determinaciones plenas. O como el propio Marx dice en la *Introducción del 57*: “el concepto de progreso no debe ser considerado de la manera abstracta habitual” (Marx, 2004, p. 31). Es decir, seguir a Marx en los *Grundrisse* para romper con la dialéctica histórica de inspiración teleológica. Ello implica una operación teórica mayúscula: regresar al universal concreto y específico, como forma de captar la diversidad por sobre la unidad abstracta del concepto.

El eslabón más fuerte de la cadena: la temporalidad del capital

El tiempo de la política se impone entonces como un elemento ineludible. Quizá por ello en este mismo tenor escribe Negri: “Que la dimensión temporal sea decisiva en el nexo entre

circulación y reproducción y, en general, en la relación incidente sobre la lucha de clase en la reproducción” (Negri, 1979, p. 48). Efectivamente, la dimensión de la temporalidad y el *pasaje político* están imbricados de forma decisiva. En una lectura clásica de *El Capital* como “economía marxista” es el trabajo asalariado, es decir, el proletariado que se encuentra encerrado en las cuatro paredes de la fábrica, el que tiene “la conciencia” y porta la “misión histórica”, etc., todas aquellas frases hechas del marxismo fordista que veía la solución de todo en el problema de la forma jurídica de la propiedad. Y si bien la propiedad privada es un problema, la tarea que afronta el marxismo resulta mucho más compleja si miramos los pliegues y complejidades del mundo moderno.

Con el anudamiento entre *pasaje político* y temporalidad apuntamos construir otra problemática teórica. Se trata de tomar en cuenta a la parte viva del capital que es ella misma no-capital (el trabajo vivo), es decir, encontrar la manera de salir de su determinación dentro de la totalidad. Esto es, volver al valor de uso, más allá de la fuerza de trabajo, más allá del trabajo asalariado, más allá de la figura que sugiere que el progreso técnico se impone sobre el trabajo vivo.

La posibilidad del sabotaje a la fábrica capitalista es algo decisivo, pues en ella se juega toda posibilidad de trastocar el orden social en su conjunto. Pero ello sólo es posible si se consigue la ruptura con el tiempo abstracto o la temporalidad del capital. Dicha temporalidad es la que se impone en el proceso productivo, pero no se restringe a la fábrica, al ser al mismo tiempo la temporalidad de la simultaneidad histórica de la totalidad del orden social. La aventura marxista encuentra su epicentro en poder romper la temporalidad de las dialécticas progresistas de la historia. La ruptura del tiempo abstracto o del capital, sin embargo, sólo se puede ejercer desde cierta práctica organizada y parte del momento singular, específico y situado y no desde la perspectiva de un supuesto sujeto universal abstracto.

Si el capitalismo en el que nos encontramos ya no se reduce a la fábrica inglesa del siglo XIX, sino que ahora se encuentra en un proceso de expansión centrado en la colonización de los mundos de la vida, es decir, del conjunto de nuestras relaciones, nuestro espacio, nuestra intersubjetividad e incluso la propia politicidad, es necesario romper en todos los órdenes con la temporalidad abstracta que impone. Ello implica atacar un eslabón de la cadena de la dominación en su eslabón más fuerte, que sólo se nos presenta parcialmente y que es posible

romper en cada momento específico, en cada singularidad. Si la *sociedad es la fábrica* misma, la noción de autonomía obrera, la noción de revolución, la noción de producción, se encuentran en otro nivel de disputa que implica la posibilidad de temporalidades diversas.

Disputamos el espacio, el contenido de nuestras relaciones, la producción de la intersubjetividad: la revolución que se proclamaría en el marxismo sería la que consiguiera autonomía. Pero esa autonomía no se encuentra en el aislamiento, ni en el repliegue territorial, ni en el solipsismo individualista, mucho menos como se entiende en el “autonomismo” contemporáneo como el silenciamiento de la disputa estatal. La autonomía se encuentra en el sabotaje de la *fábrica social*, entendida como complejo de complejos, como momento sobredeterminado de la vida práctica de la sociedad. Es pues una salida: el sabotaje organizado. ¿Qué es este sabotaje del que hablamos? Partimos de la proposición de Negri: justamente la desestructuración del orden social capitalista. Pero dicho en ese nivel no parece existir una captación de la novedad marxista. Debe ser acompañada: el sabotaje de la *sociedad como fábrica* se da a partir del ataque al eslabón más fuerte de la cadena que se encuentra en la temporalidad abstracta.

Así, es posible dotarle de un contenido más preciso a la noción de *pasaje político* del trabajo vivo. Este se encuentra en la posibilidad de intervenir en la temporalidad, en ruptura de su aparente armonía y en la desorganización de ella, en su desquiciamiento. No sólo se trata entonces del nivel de la historia como temporalidad única o abstracta, sino en cada forma particular, específica y concreta que los seres humanos viven, en la práctica cotidiana.

Apuntes finales

En breve y muy bello ensayo Girogo Agabem describe las distintas concepciones de la temporalidad que han surcado la denominada filosofía occidental. Sorpresivamente encuentra un desfase –siguiendo en esto a Heidegger- y es que la crítica del historicismo y del tiempo lineal han logrado producir un concepto poderoso de Historia en el marxismo (la historia como producción, como realización, como hechura de las masas) pero apenas han esbozado una definición pobre del tiempo histórico. El segundo es siempre mucho más pobre que el primero. El concepto de historia en el marxismo ha servido para movilizar, diríamos nosotros, a contingentes enormes de la humanidad, pero al costo de subordinar la experiencia

temporal a una copia de la forma cristiana-secular occidental. Es el famoso tiempo vacío que ha sido en los últimos tiempos denunciado hasta la saciedad por los lectores de Walter Benjamin.

Es importante apuntar aquí que la renovación del marxismo en el izquierdismo teórico de los años 20 vino por el lugar del método: la totalidad. Sin embargo, el sacrificio que se hizo para evitar el economicismo fue el de empobrecer la noción del tiempo histórico. Así, la pluralidad de la experiencia, de la forma, de la relación y del proceso tuvieron que aguardar mejores épocas, pues en la versión metodologicista se impuso una evaluación global del despliegue de la totalidad. La totalidad capitalista como universalizable avasalló consideraciones temporales diversas, posibilidades de vivir la experiencia histórica más allá de ella. La totalidad capitalista captada por el izquierdismo teórico era una dimensión simultánea, que no permitía autonomía a los momentos específicos. El tiempo abstracto de la metodología lukácsiana iba a la par de la noción de tiempo que imponía la totalidad capitalista.

La versión teleológica se impuso a pesar del *izquierdismo teórico* y su intervención en los años 20, para decirlo en un lenguaje propio de *Historia y conciencia de clase*: el tiempo de la parte fue subordinado al tiempo de la totalidad. Claro ejemplo de ello era aquel adagio de que un órgano desarrollado mostraba el camino a los “menos” desarrollados, famosa metáfora en el marxismo convencional. Lo que expresaba la metáfora era algo que tenía su efecto en el campo de la política.

Es en este espacio teórico que dos obras vinieron a romper con tal paradigma. Tiene razón Etienne Balibar cuando señala los parangones entre ambas: *Leer El Capital* de Althusser y *Obreros y Capital* de Mario Tronti y agregaría yo que algunos puntos centrales de la crítica a la dialéctica histórica que proponía de Galvano Della Volpe se encuentran en esta sintonía. Lejos estábamos de la muy promovida lectura benjaminiana, cuya denuncia del historicismo como aliado de las clases dominantes es hoy un común tópico de nuestros discursos críticos. Benjamin era un desconocido en Francia e Italia, sólo era conocido en Alemania y los efectos de su lectura aún no se habían popularizado como en nuestros días.

Della Volpe y Tronti ponen en perspectiva la cuestión metodológica del tiempo histórico. Comienzo con Della Volpe, quien, como se sabe, fue uno de los primeros exégetas de la

introducción de 1857 de los *Grundrisse*. A Della Volpe le preocupa cómo el denominado método “lógico-histórico” heredado por Engels y continuado por la “ciencia social soviética” ha impuesto un regreso al siglo XIX como horizonte metodológico:

¿Cómo conciliar la historicidad sustancial del método con su no-cronologicidad o idealidad, o sea con su ser sin embargo, método lógico? (cuestiones que suenan extrañas o peor aún, e inevitables, para la mentalidad marxista todavía ochocentista, hegelianizante cuando no evolucionista o hasta una y otra cosa conjuntamente. Pero así nos parece que se pierde gran parte de la originalidad revolucionaria del método materialista-histórico y de su concepción de mundo) (Della Volpe, 1965, p. 19).

Acá está el primer llamado de atención: lo histórico no puede ser confundido con lo cronológico. El capítulo primero de *El Capital* no es “histórico” (primero fue el intercambio “simple” de mercancías) y luego lógico (la mercancía es la célula de la sociedad capitalista). Este ha de ser leído en distintos momentos como un momento primigenio, en otros como abstracto, en otros como la forma del universal concreto de la sociedad burguesa; pero de ninguna manera como un precedente histórico. Por los años 1965-1966, el autonomismo, también en Italia, proponía lo siguiente de la mano de Tronti:

La fórmula metodológica marxiana indica que el periodo más avanzado explica el periodo más atrasado es teóricamente correcta, pero esconde en sí misma, en su interpretación vulgar, una posibilidad de oportunismo político, cuando nos lleva a concluir que, dado el desarrollo desigual del capitalismo en el mundo, todo lo que ha acontecido en un punto debe suceder también en los restantes [...] En el interior de estructuras capitalistas en sí ya desarrolladas, no es cierto que la situación de clase de los países más avanzados explique y prefigure la situación de clase de los países más atrasados (Tronti, 2001, p. 183).

Aunque en lógicas distintas estamos ante el mismo problema: el de la formulación marxista de la temporalidad histórica. O para decirlo de mejor manera, ante el reto de elaborar una concepción marxista de la pluralidad del tiempo histórico. Un ejercicio de esto, quizá criticable por lo que ello acompañaba, se dio con Althusser en *Para Leer El Capital*. Los capítulos IV y V de “El objeto de El Capital”; son el intento por recomponer la situación en la que estaba estancada la teorización marxista. Esto se hace, como Della Volpe, de la mano de una reflexión metodológica: la crítica al concepto de mediación y de totalidad (sin

abandonar este último y reformulándolo) más propio de la tradición del izquierdismo teórico de los años 20; el de la mediación universal del proceso global: todo suceso particular tiene indudable conexión y referencia a la totalidad. Althusser señala que la diferencia de Marx con los economistas clásicos no puede ser la simplicidad de que unos ubican a-históricamente las categorías y el otro lo haga históricamente.

La radical ruptura de Marx con sus predecesores no tiene como eje una cuestión tan evidente como localizar las categorías en ciertas épocas. Se trata de algo más radical, algo que permite la apertura de un horizonte de inteligibilidad que plantea nuevas preguntas. Sin embargo, Althusser destaca una que tendría un efecto tanto en la política como en epistemología: la de “romper con la continuidad homogénea del tiempo” y con “la contemporaneidad del tiempo o categoría del presente histórico”.

Aunque Althusser terminará dejando el tiempo histórico marxista no por la pluralidad, sino por otro universal falso, que no opera políticamente a favor de la lucha: la contingencia absoluta, la indeterminación de lo determinado. Es importante señalar que este segundo momento, de posibilidad de apertura del tiempo histórico, abre posibilidades ilimitadas en términos metodológicos, pero también del *pasaje político* de las que tendremos que ocuparnos en tiempos venideros.

Señalamos finalmente que, tras 200 años del nacimiento de Marx, es el espacio teórico inaugurado con él (que suele identificarse con el marxismo), podemos aprender mucho: que el conjunto de coordenadas y configuraciones dispuestas por el dominio del capital se profundiza, como también lo hacen las resistencias a su lógica de subsunción y despojo. Marx es algo más que un crítico de la economía política es también un crítico de lo político y como tal, apunta a realizar la deconstrucción de un complejo moderno/colonial/capitalista como quizá ningún otro teórico. He ahí su valía y por qué su nombre sigue siendo el cerebro de la pasión emancipatoria.

Referencias

- Della Volpe, G. (1965). *Clave de la Dialéctica histórica*, Buenos Aires, Proteo.
- Haug F. (1998). Después de la caída del marxismo fordista. *Dialéctica*, Año 22, No. 31.
- Negri A. (1970). *Dominio y Sabotaje*, Barcelona: El viejo topo.
- _____. (2001). *Marx más allá de Marx*, Madrid: Akal.
- Negri A. (2003). *La forma-estado*, Madrid: Akal.
- Marx K. (2004). *Grundrisse: elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, México: Siglo XXI.
- Tronti M. (2001). *Obreros y Capital*, Madrid: Akal.